

Actitud de Feijoo ante el saber

por ALBERTO NAVARRO GONZALEZ

Catedrático de la Universidad de Salamanca

El tema del saber y de sus relaciones con la verdad, el vivir y la salvación, aparece de forma constante y viva en la literatura española.

Ciertamente que nuestros poetas, moralistas y ensayistas, no suelen exponer originales ni sistemáticas teorías sobre la naturaleza y los límites del conocer humano, cosa de la que especializados pensadores se ocuparon detenidamente desde los griegos hasta hoy.

Ahora bien, si los literatos españoles no ofrecen gran originalidad ni interés en la modificación o repetición de cualquiera de las anteriores teorías, lo tienen, y muy grande, en las vivas actitudes y reacciones que adoptan y manifiestan ante ellas o ante el hecho mismo del saber y de sus consecuencias.¹

Dentro de ellos, los del siglo XVIII, si no son los que más hondamente

1. Creo que a los historiadores de la Filosofía no les resultaría difícil conectar las ideas sobre el saber de los literatos españoles con otras de la Biblia, de los escritores clásicos y latino-medievales, o de posteriores pensadores europeos.

meditaron sobre el saber, ni los que más vivas y sabias actitudes ante él adoptaron, creo que, en cambio, inician nueva etapa, en cuanto se vieron obligados a enfrentarse, de nueva manera, ante determinadas realidades y circunstancias.

Sin querer ahora ocuparnos de todos ellos, vamos a fijarnos en el P. Feijoo, si bien frecuentemente acudiremos también a su riguroso contemporáneo, el Catedrático de Matemáticas de la Universidad de Salamanca don Diego de Torres Villarroel.

I. Actitud de Feijoo ante la Ciencia Española

Apología de la Ciencia Española

Bien sabido es que, a comienzos del siglo XVIII, España se hallaba en notorio desnivel científico respecto a las principales naciones europeas, con las que antes estuvo en paridad y a veces hasta en cabeza.

De tal hecho tiene clara conciencia una corta minoría culta en la que destacan Feijoo y Torres Villarroel.

Como tal situación científica española era maliciosamente enjuiciada por escritores extranjeros que alimentaban explicable animosidad hacia la Monarquía española, nada nos extraña que el concreto tema del saber español, y no sólo el general del saber humano, haga presencia ahora en las letras españolas, presencia que seguirá viva hasta hoy, en posteriores apologías, diatribas, ensayos y polémicas.

En relación con ello, el benedictino gallego va a adoptar dos claras actitudes: una, defender la existencia de la ciencia española y la capacidad científica del español; otra, reconocer el presente estancamiento y retraso científico español, tratando de averiguar sus causas y de ponerle remedio.

En cuanto a lo primero, su actitud es firme y animosa. Es enteramente infundada e injuriosa la acusación extranjera de que

«somos los más inhábiles y rudos entre las naciones principales de

Europa, concediéndonos sólo algún talento especial para las ciencias abstractas, como la Lógica, Metafísica y Teología Moral».²

Los extranjeros confunden «la posibilidad de habilidad con la falta de aplicación».

No hay desigualdad de ingenio entre las naciones, dice en la Carta a demostrarlo dedicada, y, por tanto, bien puede afirmar que «son los ingenios españoles para todo».

Para deshacer el «injurioso concepto» infundado y para probar la verdad de sus afirmaciones, publicará el extenso Discurso *Glorias de España*.

Ya Quevedo había iniciado la serie de Apologías contra «las calumnias de los noveleros sediciosos» en su *España defendida*, donde intentó deshacer los injuriosos ataques de Gerardo Mercator, que decía ser los doctos españoles medio doctos y que, si eran «de felices ingenios», «aprenden infelizmente».

Va a ser Feijoo, sin embargo, el primero que sin tanta pasión e ingenio, pero con más serenos razonamientos y con la aportación de comprobados datos, tratará de exaltar en debida manera la aportación española al general saber europeo.

El catedrático ovetense no encuentra dificultad en mostrar que, en las «virtudes morales», esto es, «por la parte del corazón», los españoles figuran a la cabeza de las naciones europeas, pasando seguidamente a demostrar que tampoco se hallan desprovistos de «virtudes intelectuales», es decir, «por la parte de la cabeza».

Para ello, y concretándonos ahora a las ciencias naturales, campo principal del ataque y la controversia, Feijoo enumera y valora especialmente las antiguas glorias de la Astronomía, Geografía, Historia Natural, Medicina y Agricultura.

Ahora bien, refiriéndose a los tiempos presentes, no sólo se ve obligado a confesar que «la Física y Matemáticas son casi extranjeras en España», que, «por lo que mira a la Física, nos hemos contentado con aquello, poco o mucho, bueno o malo, que dejó Aristóteles»; que, «en orden a la materia médica, es claro que hoy mendigamos mucho de los extranjeros por la grande aplicación suya y casi ninguna nuestra a la Química y a la Botánica», y que «la pericia anatómica se debe entera-

2. *Teatro* («Glorias de España»), edic. de C. C., t. II, p. 166.

mente a los extranjeros», sino que allí mismo señala dos fundamentales causas de tal realidad.

La primera es la falta de aplicación —causa fundamental, según nos dirá en otra parte, por la que unas naciones superarán a otras en el saber científico—, y la segunda es el aislamiento nacional, que también nos priva del «adorno de las lenguas».

Sobre la primera tendremos ocasión de volver más adelante.

En cuanto a la segunda, ya Feijoo, en su Discurso *Resurrección de las artes y apología de los antiguos*, había señalado como causa del adelantamiento «en todo género de ciencia» sobre los antiguos, «la oportunidad que hay ahora de comunicarse todos los hombres», y, estando, según dice, España, en cuanto al comercio de las ciencias, tan alejada de las restantes naciones europeas como la última isla japonesa, era lógico que no disfrutara de ese general adelantamiento científico.

Respecto a ello, y como dato claramente manifestativo del impresionante cambio operado en España, recuérdese que, mientras Feijoo dice «ser menos dedicados a la peregrinación nuestros nacionales que los individuos de las demás naciones», Fray Luis de León había tenido que afirmar todo lo contrario en sus *Comentarios al Libro de Job*.³

Causas y remedio del estancamiento y atraso científico español

Pero el tema del estancamiento y atraso científico español preocupa hondamente al beneditino gallego, que sobre él vuelve, especialmente en su famosa Carta *Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales*.

De tal situación ya dijimos que también tuvo conciencia Torres de Villarroel.

3. «Y lo divide —dice— del pueblo peregrino, esto es, de los españoles, que, entre todas las naciones, se señalan en peregrinar, navegando muy lejos de sus tierras y casas, tanto que con sus navegaciones rodearon el mundo.» *Obras Completas Castellanas*, edic. de la B. A. C., Madrid, 1951, cap. XXVIII, p. 1.110.

Ahora bien, si, como ya observó Federico de Onís, ambos llegaron a la coincidente conciencia por diversas vías, debemos añadir que también tratarán de combatir el mal con procedimientos diversos.

El catedrático ovetense, al modo moderno, con prudentes y razonados discursos en los que trata no sólo de señalar el mal, sino de averiguar sus causas y remedios.

El catedrático salmantino, al antiguo estilo, presentando con desenfado vivos cuadros satíricos y extravagantes ingeniosidades.

Ahora bien, justo es reconocer que, si ambos, de diversa manera, atacan los mismos males (situación de las Universidades, engreídos doctos encerrados en inservibles libros, etc.), Torres de Villarroel se sitúa tan cerca de la realidad nacional que, en ocasiones, él mismo habla desde actitudes condenadas por el más moderno y europeo escritor que era Feijoo.

Ha de tenerse en cuenta, sin embargo, de un lado, que Villarroel, uno de los escritores españoles que en vida gozó de mayor popularidad, hablaba para un público mucho más extenso y heterogéneo que sólo envueltas en el destartalado ropaje de amenas ingeniosidades sabría recibir la lección; del otro, que el estudiante ignorantón, atrevido, extravagante y andariego que gustaba de aparentar Villarroel era una convencional y falsa imagen literaria de él mismo, muy distinto en la realidad.

Pero prueba de que con sus festivas y estrambóticas ingeniosidades perseguía un fin análogo al del P. Feijoo la hallamos en la seria confesión que, en 1752, hace en el *Prólogo General* a la edición de sus obras: «Con estos alientos, y la bulla, y el ruido de mis roncós calendarios, conseguimos despertar a la España de la modorra en que yacía; y en nuestro tiempo empezaron a abrir los ojos, y a desperezarse, muchas de las academias dormidas, y a vivir nuevamente otras congregaciones, que están hoy dando al Reino el honor y la utilidad en que supieron ponerle en otras épocas.»

Pero volvamos a Feijoo.

Seis son las principales causas del atraso científico español que señala en su citado Discurso: corto alcance de algunos profesores, preocupación contra toda novedad, falsa noción de la moderna filosofía, desprecio y temor del saber extranjero, y disimulada envidia.

Leyéndolas con detenimiento, creo que podemos deducir que Feijoo

pone la principal causa del mal en los propios cultivadores del saber. Es decir, en la Universidad española desde la que irradia el saber y en los doctos que a él se dedican.

Sobre el lastimoso estado de la Universidad española, sobre la falta de interés por aprender en los estudiantes y por enseñar en los profesores, ya Villarroel nos deja cuadros vivos y elocuentes:

«Los viajes a la Universidad son huelga, perdición de los días y el dinero; y estando en ella desbaratan todo lo posible de perder, allí viven sin padre a quien respetar, sin juez a quien temer y sin maestro a quien acudir...»

«...en todo el año asiste seis o siete días a la Universidad, y no va a leer, ni a escribir, ni a repasar, sino a zumbiar los nuevos, a romper la fontana y a torear con otros; y últimamente a hacer burla y escarnio del maestro, pues desde los bancos le gritan, le mofan, le zumban y le irritan, sin dejarle dictar ni cumplir su obligación; ésta es la vida de las escuelas; y en volviéndose a su casa, lleva menos vergüenza, ningún dinero y muchos vicios...»

«Yo las vi más mozo, y en las más acreditadas y excelentes noté los desórdenes más considerables, grave ignorancia, poca ciencia y mucho vicio... Deplorable es esta perdición, pero te aseguro que tienen peor casta y son más indisculpables las costumbres de los viejos doctorados que las de los mancebos manteístas; porque el ansia a la cátedra, la agonía del grado, la furia a la prebenda, la plaza y el obispado, los hace blasfemar unos de otros, tratándose (sin temor de Dios ni de su condenación) con crueldad en los informes; añadiéndose los unos a los otros pecados indignos, a fin de contentar la vanidad de sus deseos: cada uno es ceñudo fiscal del otro, e incansable atalaya de su vida y costumbres; todos se quieren matar, y heredar los unos a los otros, siendo contrarios de sí mismos y de todo el linaje escolástico; *aquellas losas respiran ambición, rencor, vanidad y sabiduría loca...*, y en lo mecánico de sus rentas, distribuciones y otros negocios claustrales son tantas y de tal calaña las quimeras que se les ofrecen y levantan, que continuamente viven en perpetua tribulación, y tienen hecho hábito a las inquietudes, hijas de su soberbia y presunción...»

«Yo... he visto la disculpable flojedad y el reprehensible vicio de los mozos, y la poca solicitud de los doctores; las más cátedras se pasean, y hay maestros a quienes no conocen los discípulos.» (*Obras completas*, edic. de Salamanca, 1752, *Sueños Morales*, t. II, ps. 121-122.)

Ahora bien, Villarroel, que no escribió apologías de la ciencia española aun cuando en *El Ermitaño y Torres* hiciera una interesante crítica de libros y autores, tampoco se ocupa de exponer seriamente las causas y remedios del mal.

Al contrario, con cínico desenfado nos dice que, consciente de que

«en el país de los ciegos el tuerto es rey» y de que los más viven del oficio que ignoran, él también se lanza irrespetuosamente en el campo de los libros y del saber, metiéndose a enseñar y a escribir de lo que no sabe.⁴

El prudente benedictino, por el contrario, una y otra vez vuelve seria y razonadamente sobre el tema, y no sólo aquí, sino en otros escritos (*Dictado de las aulas, Ventajas del saber, Argumento de autoridad, et- cetera*), acusa y trata de remediar los males de la Universidad y de quienes en ella estudiaban y enseñaban.

En efecto, en el *Dictado de las aulas*, abiertamente reprueba por contraproducente e ineficaz el abuso de formas escolásticas, el tratar prolijamente ciertas materias con lamentable pérdida de «tiempo y papel», el hacer que los alumnos manden «literalmente la lección a la memoria», en vez de «aprenderla en sustancia y dar cuenta de ella, acomodándose cada uno al lenguaje latino que le fuese corriente», y el tolerar que alumnos ineptos sigan estudiando, quitando a otros la posibilidad del magisterio.⁵

4. Dice en su citado *Prólogo General*: «Nunca tuve traza, inclinación ni sosiego para ser estudiante; siempre caminé vago, sin sujeción, sin libros y sin maestro, que son las muletas que sostienen y dirigen a los hombres a la sabiduría. De la facultad, que cogí para ocupación y comercio con que ganar la vida, sólo agarré en la tienda de un vejestorio Computista unos arrapiezos miserables y raidos de Astronomía, con los que mal vestí la farándula de mis calendarios, cubriendo sus roturas y desgarrones con los cintajos y los dijes de una astuta parola, y con los cascabeles de unos refranes chillones y taimados, procurando con este ruido aturdir el juicio de las gentes..., y de este modo logré comer como los más del mundo, al oficio, que no saben..., sabía que estaba en la tierra de los ciegos; porque *padeció entonces la España una oscuridad tan afrentosa, que en Estudio alguno, Colegio ni Universidad de sus ciudades había un hombre que pudiese encender un candil para buscar los elementos de estas ciencias*. Esta desdicha, mis temeridades, y los espíritus del refrán de que en la tierra de los ciegos el tuerto es el rey, me arrempujaron a Salamanca a leer la Cátedra de Matemáticas, que había treinta años que estaba sin Maestro, y vacante por más de doscientos.»

Dice así, también, en sus *Desprecios prácticos*: «Yo soy un ingenio bribón... Yo soy un charlatán, sin más estudio que cuatro bachillerías que pongo en venta para tontos y salvajes (y a fe que hay muchos en el mundo), pues, cuando salen a la plaza de él mis delirios, no nos damos manos ni ellos a comprar, ni yo a vender, pero ya se desengañarán (como Vmd. me dice) y cesará la venta de mis locuras, pero me consuelo que, antes que se vuelvan cuerdos los hombres, me moriré yo, y entonces no he menester bobos, ni discretos. Yo soy un perdulario sin más oficio que leer cuatro librillos, que éstos y mi humor me han dado a conocer que en este mundo no hay más verdad que los diez Mandamientos de Dios; y lo que llamamos ciencias son los desatinos que unos a otros nos contamos y creemos (y excepto lo que nos está superiormente revelado) todo lo demás son locuras de Sócrates, vanidades de Plinio, fantasías de Platón, delirios de Galeno y borrachadas de todos, que las opiniones, como dijo el gran Quevedo en los dos últimos versos de un soneto que hizo a los dos filósofos extremados, son como la szorras, que unos las pillan alegres, y otros, tristes.»

Y en sus *Sueños Morales*: «La vanidad de verme pintado con anteojos, compases, estrellas, libros y bigotes, como ve Vmd., me engañó a estudiar y aprender embustes; y, pues todos lo son, no nos creamos oráculos... Yo heredé sus embustes, y mañana me sucederá a mí otro bobo que adelante los míos, y siempre habrá quien nos crea, porque siempre habrá mentecatos.» (*Sueños Morales*, «Respuesta del Gran Piscator de Salamanca», edic. cit., t. II, ps. 260-261.)

5. Allí llega a proponer la conveniencia de que, de tiempo en tiempo: «...en cada Universidad hubiese un visitador o examinador señalado por el Príncipe o por el Supremo Senado que, informándose cada año de los que son aptos o ineptos para las letras, purgase de éstos a las escuelas. Con

Pero el mal radica más hondo que en los citados métodos de enseñanza y en la presencia de más o menos zotes en la Universidad.

El mal de la ciencia española está en la misma fuente de la que mana: en el propio Profesor universitario, engreídamente encerrado en desbordados libros:

«La primera [causa] es el corto alcance de algunos de nuestros Profesores..., especie de ignorantes perdurables..., porque piensan que no hay más que saber que aquello poco que saben..., viven tan satisfechos de su saber, como si poseyesen toda la enciclopedia.»⁶

Las dos anécdotas que en su citada Carta, *Causas del atraso que se padece en España*, trae al respecto, claramente muestran cómo, cerradas las puertas de la Universidad al nuevo saber europeo, éste lentamente iba penetrando a través de algunos cultos caballeros con quienes los doctos Catedráticos no sabían ya dialogar.

Este era el campo mejor conocido por el encerrado catedrático ovetense, y, sin duda, a profesores universitarios se refería especialmente cuando atacaba a quienes, aferrados al argumento de autoridad y escuchando su ignorancia, comodidad o envidia tras un infundado temor o celo religioso, repudiaban saberes que desconocían.

Tal ignorancia y engreimiento también los percibe Villarroel.

Ahora bien, el catedrático salmantino va a intentar demolerlos, así como la inutilidad de su saber libresco heredado y la falacia del argumento de autoridad, situándose en la vieja línea de ataques al sabio y a los libros, especialmente en la irónica de Erasmo.⁷

En efecto, para él no cabe duda que los sabios no sólo no saben nada, sino que son quienes menos saben. Es más, el saber encerrado en los libros por ellos hechos, tan mentiroso y corto como ellos, no sólo no nos

este arbitrio habría más gente en la república para ejercer las artes mecánicas, y las ciencias abundarían de más floridos profesores; pues se ve a cada paso que, al fin, algunos de los zotes, a fuerza de favores, quitan el empleo del magisterio a algunos beneméritos; lo que no podría suceder, si, con tiempo, los retiraran de la aula como a los inválidos de la milicia.» (*Dictado de las aulas*, en *B. A. E.*, LVI, p. 439.)

6. *Causas del atraso que se padece en España, en orden a las ciencias naturales* (Cartas, edic. de la *B. A. E.*, t. LVI, ps. 540-541).

7. Los sabios, según Erasmo, son inútiles «para sí, para los suyos y para la patria...», «...dicen que son los únicos que saben; el resto de los mortales son hombres que revolotean..., lo hacen como si fueran los secretarios del Arquitecto del mundo o como si acabaran de llegar del Congreso de los Dioses. En tanto la naturaleza se ríe lindamente de ellos..., porque no conocen nada con certeza... No saben absolutamente nada y pretenden saberlo todo.» (*Elogio de la locura*, edic. Aguilar, Madrid, 1944, cap. LII, ps. 283-286.) Allí mismo afirma que «las ciencias son males de la vida (XXXII, 169) y que «una sola de ellas, la Gramática, basta y sobra para torturar toda la vida de un hombre» (p. 173).

lleva desde la ignorancia a la verdad, sino que nos sume en la duda y nos trabuca el entendimiento natural dejándole más torpe y confuso que antes:

Consumí en la doctrina y agudeza
de los libros gran parte de mi vida,
y he quedado peor; que está tupida
de ajenos desatinos mi cabeza.

Buscaba en los doctores mi rudeza
de cierta duda la mejor salida,
y hallo mil opiniones sin medida,
pues uno el «sí» y el otro el «no» me reza.

Más necio vengo a ser, más imprudente,
la razón natural está más ruda,
pues ya por sí no asiente ni consiente.

Antes pudo opinar, ya quedó muda.
¿Quién dirá la verdad? Dios solamente.
¿Y yo qué haré? Morirme con la duda.⁸

Este tema de la ignorancia humana, que Torres de Villarroel trata insistentemente, nos hace pensar en vivas actitudes posteriores, como la de Machado y Unamuno (autor este último con el que Villarroel guarda tan grandes semejanzas), si bien Torres se esté reduciendo a glosar con desenfadado ingenio el «Nihil scitur» de Francisco Sánchez y el irónico comentario de su admirado Quevedo cuando decía que ni aun eso sabemos de cierto.⁹

8. «La mucha lección de libros suele ser dañosa» (soneto XXIV, *B. A. E.*, t. LXI, p. 56). Así dice también en el otro, «Mientras vivimos nada sabemos»: «Nada se sabe, todo es conjetura; — no hay opinión ni conclusión segura; — luego es en el hombre toda ciencia — presunción, vanidad y conjetura.» (*Juguetes de Talía*, en *Obras completas*, edic. cit., t. VII, p. 7). Y en sus *Desprecios prácticos*: «La melancolía de los sabios todo lo ha puesto en cuestión; el humor de los doctos tiene llenas las imprentas de porfías y sátiras; si uno escribe una doctrina, otro la niega, y luego viene un tercero con otra ciencia media, y llegan otros ciento que escriben contra los primeros, segundos y terceros. *Los doctos, en fin, tienen dudosas las doctrinas, en cuestión las verdades y lleno de gritos y porfías el mundo.*» Y en los *Sueños Morales*: «Las ideas de los hombres, sus supuestos y sus libros, sus presunciones y fantasías, no hay diablos que me las encajen. Para mí fue un varón de gran entendimiento Papiniano, pero no sé si me engaña. Hipócrates fue casi divino, pero no sé si dijo la verdad; ni ellos lo supieron, porque marcharon de la vida, como me sucederá a mí, sin saber nada.» (Edic. cit., p. 296.) Y antes: «...a esto llaman estudiar: rebutir la cabeza de disparates ajenos, y al que más locuras hereda, a ése le canoniza de docto la vulgaridad... Mientras más trabajas, más pierdes; mientras más lees, más ignoras; y sólo te vas formando ganapán de delirios ajenos y creciendo mercader de especies imaginarias... Quiero concederte que sea útil el estudio que fatigas. ¿Quién te ha persuadido que sabes? Porque leer lo que dice Aristóteles no es saber, es repetir lo que él escribió.» (*Id.*, p. 66.)

9. Decía Unamuno: «Sentí la gran mentira — de esencias, de existencias, de sustancias — — hipótesis, teorías, — esto es, palabras.» (*Rimas de dentro.*) «Decir de nuevo lo que ya se dijo, — crear de nuevo la palabra muerta, — darle otra vuelta más al acertijo.» (*Romancero del destierro.*) Y Antonio Machado: «Cantad conmigo a coro: saber nada sabemos, — la luz nada ilumina y el sabio nada enseña.» (*Proverbios y Cantares.*) «Fiat umbra. Brotó el pensar humano.» (*Cancionero inédito.*) Véanse estos otros pasajes de Villarroel: «Y después de haberme llenado el cerebro de precisiones, ideas y formalidades, me hallé tan en ayunas de la naturaleza como cuando salí a ver esta gran máquina del

Pero dejemos ya el «ingenio bribón» y «salvaje» de Torres, que se manifiesta en los *Pronósticos*, *Prólogos*, *El gallo español*, *La Suma medicina y piedra filosofal*, *Reglas para torear*, etc., aunque sin olvidar que tras él se oculta la interesante y seria personalidad del autor de la *Vida ejemplar de la Venerable Madre Gregoria Francisca de Santa Teresa*, *Vida natural y católica*, *Sueños Morales*, *El ermitaño y Torres*, *Anatomía de todo lo visible e invisible de ambas esferas*, *Juguetes de Talía*, *Cátedra de morir*, *Uso y provecho de las aguas de Tamames*, etc.¹⁰

La primera causa del atraso científico español que Feijoo desea combatir es el mal uso del argumento de autoridad, y así, igual que Villarroel, pero en forma diversa, recuerda a sus lectores que los libros fueron escritos por hombres y que, por tanto, por muy antiguos, sabios y santos que sus autores sean, pueden contener errores de los que, con base en nuestro personal discurso y experiencia, podemos disentir:

«Es, pues, conforme a razón que a la doctrina de los hombres grandes que florecieron en los siglos anteriores a nosotros concedamos toda aquella deferencia que merecen como grandes, pero acordándonos siempre de que fueron hombres. La antigüedad no los ha deificado. Pudieron errar algo, como hombres, cuando escribieron.»

Esto también es aplicable a las doctrinas teológicas expuestas por

mundo.» (*El Ermitaño y Torres*, en *Obras Completas*, Salamanca, 1752, t. VI, p. 24.) «A los que viven en las escuelas los habían de meter en jaulas y amarrarlos, porque son locos tan insolentes que abandonan la natural razón que Dios les ha dado, por seguir el capricho de otro que no tiene más autoridad que haberse muerto quinientos años antes.» (*Extractos de los Pronósticos*, año 1728, *Obras completas*, edic. cit., t. X, p. 89.) «Has de saber... que estos hombres que tenéis por sabios en vuestras aldeas son los que más en ayunas están de las verdades, y quienes tienen la culpa de estas ignorancias son estos libros que ves amontonados sobre esa mesa, porque éstos no nos vienen del cielo, que nos los dexaron escritos otros hombres, así como tú y como yo, y aún más malos; y toda obra hecha por nosotros es flaca, débil, miserable e incierta, porque todo se nos oculta no sin especial misterio y providencia de Dios.» (*Introducción a la Cartilla Rústica*.)

10. En efecto, el Torres a quien hemos oído hablar contra los libros, los sabios y su confusa ignorancia, y el Torres que afirma que «para que el mundo estuviera bien gobernado era preciso quemar seis o siete mil libros de cada profesión..., y que para él perdían el crédito y la estimación los libros después que vio que se vendían y apreciaban los suyos», leerá y escribirá intensamente. Es más, ya hablando seriamente, defenderá el estudio de los libros y la observación de la naturaleza. Dice así en el prólogo a los *Sueños Morales*: «Ser ignorante no es delito, es temperamento y es desgracia. No ser aplicado es culpa y digna de todas las blasfemias. Ninguna ley me obliga a ser inteligente; a ser trabajador, todas, y, cuando quiera, negarme la sabiduría, a lo menos la aplicación y el deseo de aprovechar no me la han de oscurecer ni tu malicia ni mi humildad.» Y más adelante: «El entendimiento es el padre de las ciencias y en su cavidad se esconden las semillas de todas... La lección de los libros es muy loable, para poner en movimiento las especies que viven en el alma como muertas, por la falta de consideración.» (Edic. cit., ps. 67-68.) Y luego, abiertamente dice, contradiciendo paradójicamente, en apariencia, sus burlas del saber natural: «El nombre solo lo dice: filósofos, amantes de la ciencia, y en mi juicio sólo es sabiduría la que estudia en la naturaleza de los entes. ¿Por qué he de nacer yo hombre y me he de morir como un borrico, sin saber qué fui, ni qué es el hombre? ¿Por qué no he de saber yo cómo se producen, engendran y aumentan estos vegetales? ¿Por qué he de ignorar qué es esta tierra que me sufre, esta agua que me humedece, este aire que me alienta y este cielo que me gobierna, influye y mantiene?» (Edic. cit., ps. 303-304.)

los grandes Santos, de las que dice: «...es lícito apartarse... en una u otra cosa, cuando la razón nos persuade lo contrario.»

Y, si ello es así, en campo tan lindante con la Revelación como es la Teología, lógicamente deducirá que en el terreno de la filosofía y en el de las ciencias naturales «gozamos más amplia libertad y es la que nos declara la primera regla de Cano... La autoridad de los santos... en orden a la materia de las ciencias naturales sólo persuade a proporción de la razón en que se fundan».

Para él, no cabe duda, el argumento de autoridad, tal como se ha venido viciosamente usando, ha sido una verdadera calamidad en el campo del saber natural:

«Es imponderable el daño que padeció la filosofía, por estar tantos siglos oprimida debajo del yugo de la autoridad. Era ésta, en el modo que se usaba de ella, una tirana cruel, que a la razón humana tenía vendados los ojos y atadas las manos, porque le prohibía el uso del discurso y de la experiencia. Cerca de dos mil años estuvieron los que se llamaban filósofos estrujándose los sesos, no sobre el examen de la naturaleza, sino sobre las averiguaciones de Aristóteles.»¹¹

El otro grave error que hay que destruir en los profesores universitarios es su aversión al cultivo del moderno saber científico y filosófico, que, por diversas causas, consideran inútil y hasta dañino.

Feijoo abiertamente declara que prefiere y admira más el citado moderno saber europeo que el anacrónico y absurdo que se servía en las aulas españolas:

«Este y otros objetos semejantes hacen el estudio de los modernos, mientras nosotros, los que nos llamamos aristotélicos, nos quebramos la cabeza y hundimos a gritos las aulas sobre si el ente es unívoco o análogo; si trasciende las diferencias; si la relación se distingue del fundamento... ¿Qué será más útil: explorar en el examen del mundo físico las obras del Autor de la Naturaleza, o investigar en largos tratados del ente de razón y de abstracciones lógicas y metafísicas, las ficciones del humano entendimiento? Aquello naturalmente eleva la mente a contemplar con admiración la grandeza y sabiduría del Creador; éstas la detienen como encarcelada en los laberintos que ella misma se fabrica.»¹²

Naturalmente que aquí Feijoo, cosa que luego se hará y sobre la que en tiempo de Meléndez Valdés la Universidad de Salamanca tendrá que dictaminar, no está planteando la superioridad o no de las ciencias de

11. «Argumentos de autoridad», *Cartas*, BAE, LVI, ps. 441-445.

12. *Causas del atraso que se padece en España*, edic. cit., p. 542.

la naturaleza sobre las del espíritu, ni menos sobre la sabiduría, sino, sencillamente, la superioridad manifiesta del moderno saber natural sobre el anticuado saber escolástico que se cultivaba anacrónica y vanamente en las Universidades españolas.

El buen benedictino, con paciencia y caridad lejanas de las satíricas burlas de Villarroel, quiere convencer a sus compañeros tratando de rebatir, con buenas razones, argumentos que con frecuencia escudaban cómodas, cobardes o inconfesables actitudes.

A quienes consideraban como inútiles o baladíes las verdades costosamente buscadas o halladas por la moderna ciencia natural, contesta que ello es hacer injuria al Creador, que nos dio el natural apetito del saber:

«No hay verdad alguna cuya percepción no sea útil al entendimiento; porque todas concurren a saciar su natural apetito de saber. Este apetito le vino al entendimiento del Autor de la Naturaleza. ¿No es grave injuria de la deidad pensar que ésta infundiese al alma un apetito de una cosa inútil?» (Idem.)

Es más, Feijoo, que no en vano pertenecía a una Orden religiosa que hizo del trabajo y de los estudios profanos medio de santificación, contra quienes temían que el moderno saber natural trajera nefastas consecuencias para la salvación, no duda en afirmar que, por el contrario, dicho saber era, incluso, conveniente y hasta en ocasiones necesario para el esclarecimiento del saber revelado:

«...el estudio de las Sagradas Escrituras y Teología mística, destituido de todo otro estudio, comúnmente es inútil y hasta arriesgado.. Para la inteligencia de las letras sagradas, en muchas partes de ellas, es necesario el ministerio de las profanas.»¹³

Es cierto que más adelante le oiremos señalar distingos en esta materia, y que luego la historia posterior no siempre le dará la razón, pero es evidente que él, que, como expresamente afirma, nada escribe «que no sea conforme a lo que siente», utilizó el saber científico de su época como nueva y hermosa vía para mejor amar a Dios y conocer su misteriosa voz.

Veamos cómo, tras admirar asombrado la sutil estructura de un corazón humano que en su celda le enseñó su amigo el anatómico francés Juan d'Elgar, dice:

13. «Ventajas del saber», *Cartas*, BAE, LVI, p. 587.

«Al fin todos convinimos en que no habíamos jamás visto o contemplado cosa que nos diese idea tan clara, tan sensible, tan viva y eficaz del poder y sabiduría del Supremo Artífice.»¹⁴

II. Actitud de Feijoo ante el saber

Saber revelado y saber demostrado

Vista la actitud de Feijoo ante el concreto problema del saber científico español, trataremos ahora de averiguar la que adopta ante el saber humano y ante sus relaciones con la verdad, la virtud y la salvación.

Ya de antemano advertimos que no hallaremos aquí hondas ni sistemáticas teorías sobre la naturaleza del conocer humano y sus límites, ni tampoco las vivas y dramáticas actitudes y reacciones que encontraremos en posteriores escritos españoles.

Feijoo, sin las paradójicas y extravagantes ingeniosidades de Villarroel en torno a la vanidad del saber humano, nuevamente nos va a exponer su actitud serena, consecuente y animosa, en bien trabados y coherentes razonamientos.

Ya anteriormente don Juan Manuel había escrito:

«Non es de buen seso el que cuida entender con su entendimiento lo que es sobre todo entendimiento.»¹⁵

«...que los fechos de Dios, que son muy escondidos, non debe ninguno escudriñar en ellos..., ca éste es un saber que se alcanza por gracia e non por estudio.»¹⁶

Y luego, más adelante, afirmará Fray Luis de León en sus *Comentarios al Libro de Job*:

«...todo lo puede alcanzar, mas la Sabiduría no, si no le viene del Cielo... [porque] es gracia de Dios y no fruto de luengos días.»¹⁷

14. «Causas del atraso que se padece en España», edic. cit., p. 542.

15. *Libro de Patronio (Prosistas castellanos anteriores al s. XV, BAE, t. LI, p. 427).*

16. *Libro de los Castigos (Prosistas castellanos anteriores al s. XV, BAE, t. LI, p. 242).*

17. Edic. cit., cap. XXVIII, p. 1.112. Allí mismo dice: «Que no presuma de escudriñar los secretos de Dios ni le pide cuenta y razón de sus hechos, pues no sabe ni conoce estas obras suyas visibles... que Dios vence nuestro saber y que sería, no grande, como es, sino limitado y pequeño, si pudiese de nuestro angosto ingenio ser entendido.» (Cap. XXVI, ps. 1.210-11.)

Situándose en análoga actitud, Feijoo, clara y sabiamente, distinguirá dos zonas o esferas del saber: la primera y principal, la del saber de salvación en el que la Revelación y no la demostración es la fuente pura de conocimiento; la segunda, la del saber natural, costosamente adquirido por la aplicación e ingenio del hombre y en cuyo campo la demostración, más que el argumento de la autoridad libresca, es la dueña y guía segura:

«Aun en el cielo no hay más que dos puntos fijos para dirigir los navegantes. Todo lo demás es voluble. Otros dos puntos fijos hay en la esfera del entendimiento: la revelación y la demostración...»

«Quien no observase diligentemente aquellos dos puntos, o uno de ellos, según el hemisferio por donde navega, esto es, el primero en el hemisferio de la gracia, el segundo en el hemisferio de la naturaleza, jamás llegará al puerto de la verdad.»¹⁸

Insistiendo en ello, repite en otra parte:

«...basta advertir que la Teología [se refiere, naturalmente, a la parte de ella que transmite la revelación] y la Filosofía tienen bien distinguidos sus límites y que... la doctrina revelada tiene un derecho de superioridad sobre el discurso humano de que carecen todas las ciencias naturales; que, por consiguiente, en éstos, como en propio territorio, pueden discurrir con franqueza; a aquéllas sólo doblar la rodilla con veneración.»¹⁹

Feijoo, pues, serenamente detiene su discurso y experiencia ante el misterioso campo de la Sabiduría revelada, y ello con tal convencimiento que no duda en afirmar que, «si la experiencia y el Evangelio se opusieran, desmentiría mis ojos y mis manos para asentir al Evangelio».

Saltando al terreno del saber natural, Feijoo adopta actitud tan animosa y claramente exaltadora que se alinea entre los más grandes ensalzadores españoles del saber, dejando a un lado, claro está, las superficiales soflamas en pro de la ilustración, la cultura, los libros, la ciencia y la técnica.

En efecto, ya don Juan Manuel había dicho:

«...La mejor cosa que home puede haber es el saber; ca por el saber conocen los homes lo que se puede alcanzar de Dios. Por el saber es el home apartado de todas las animalias et por el saber se salvan las almas et por el saber se honrran e se apoderan et se enseñorean los

18. «Voz del pueblo», *Teatro*, edic. cit., t. I, p. 28.

19. «Causas del atraso que se padece en España», edic. cit., p. 542.

unos homes de los otros. Et por el saber se acrescientan las buenas venturas.»²⁰

También por entonces escribía el Rabí don Sem Tob :

«Syn tachas son falladas
dos costumbres seneras...
La una es el saber.
La otra es el bien fecho.
Cualquier destas aver
es conplido prouecho...
El plaser de la ciencia
es conplido plaser...
Quanto más aprendió,
tanto más plaser tien.»²¹

Y más adelante dirá Gracián, nuestro máximo exaltador del saber y de la lectura :

«Vivese con el entendimiento, y tanto se vive cuanto se sabe.» (*Agu-
deza y Arte de Ingenio.*)

«Nace bárbaro el hombre; redímese de bestia cultivándose. Hace personas la cultura, y más cuanto mayor.» (*Oráculo Manual.*)

«Hombre sin noticias, mundo a oscuras.» (*Id.*)

«Nacemos para saber y sabernos, y los libros con fidelidad nos hacen personas.» (*Id.*)

«¡Oh gran gusto el leer, empleo de personas, que, si no las halla, las hace.» (*El Criticón.*)

«...para mí no hay gusto como el leer, ni centro como una selecta biblioteca.» (*Id.*)

Feijoo, situándose en análoga línea a la de los escritores citados y otros como Alfonso X, Raimundo Lulio, Fray Luis de León, etc., en la Nota a la Carta sobre *si en las prendas de ingenio exceden unas naciones a otras*, alabará frente a los tímidos, los ingenios animosos que, según dice,

«son más capaces de producir escritos ingeniosos y brillantes..., porque el tímido, no atreviéndose a salir del camino carretero, ¿qué ha de decir, sino lo que antes dijeron otros muchos?»²²

Pero en su época, según ya dijimos, muchos eran los que aconsejaban retirarse del nuevo saber científico, ya por considerarlo peligroso para

20. *Libro de los Castigos*, edic. cit., p. 265.

21. *Poetas castellanos anteriores al s. XV*, BAE, t. LVII, p. 368.

22. *Cartas*, edic. de C. C., ps. 186-187.

la virtud o la salvación, o ya simplemente por juzgarlo inútil y caprichoso.

Entre estos últimos, tal vez incluyera al propio Torres de Villarroel, cuando decía, contestando malhumorado al Conde de Meslay:

«A nosotros no nos toca sino contemplar en el Soberano Hacedor de todo y conformarnos con la naturaleza, confesando que ella, y Dios que la dirige, no han hecho nada en balde, que eso de hacer cosas en balde se queda para mí y otros que escribiendo delirios nos quedamos sin premio.»²³

Entre ellos también figurará luego Meléndez Valdés, cuando escriba:

El Eterno Saber no nos dio vida
para el cielo medir o el mar salado,
sino para hasta El logramos la subida.²⁴

Naturalmente que, como ya decían Séneca y el Kempis, le es mejor al hombre vivir elevadamente y salvarse que conocer los secretos de la Naturaleza. Ahora bien, el benedictino gallego no sólo sostendrá la utilidad de toda verdad, sino que ese conocimiento de la Naturaleza, lejos de oponerse a la virtud y a la salvación, es camino para mejor acceder a ellas.

Tal actitud, en efecto, se refleja en toda su denodada lucha contra la ignorancia y el error, que «nunca puede ser asiento para la devoción». Lucha en la que, huyendo de los dos escollos de la salvación, la descreída «impiedad de los cultos» y la «superstición» vulgar, intenta deshacer «vanas credulidades», así como las «melindrosas precauciones» y «siniestras aprehensiones» de que el desengaño del error perjudique la eterna y sustancial verdad.

La Academia de Dijon había premiado un trabajo que mostraba «ser más favorable a la virtud la ignorancia».

23. Villarroel había dicho antes, en *El Gallo Español*: «¿Quién sabe con cierta ciencia la causa de las crecientes y menguantes del mar? ¿Quién el número de los cielos y la causa de su regular gobierno? Sólo el que los hizo para que narren su gloria, puede dar conclusión cierta..., y sólo su Majestad sabe a solfa fija por qué el gallo canta a medianoche en Portugal y, si le traen a Francia, canta a la misma hora, no obstante haber una hora de diferencia.» A lo que acertadamente le contesta el Conde Fiscal: «...que es como decir: contemplemos en Dios, comamos y bebamos, durmamos y no trabajemos..., y no nos despetañemos estudiando escudriñar secretos que no importan a la vida alegre que buscamos. Proposición que diametralmente se opone a lo que nos aconseja el Espíritu Santo en el cap. XXVII, n. 15, de los *Proverbios* diciendo: *Stude sapientiae, filii mi. Complácese Dios mucho en que el hombre estudie, porque cuanto más aprende y sabe, tanto más conoce sus divinas perfecciones y lo digno que es Dios de ser amado.*» Lo aquí traído, y la lectura de *El Gallo Español*, basta para mostrar el desnivel científico español y sus anacrónicos e ineficaces métodos de entrar en la nueva ciencia, no a base de experiencia y razón, sino de ingenio y erudición, como pretendió el brillante e ingenioso joven Villarroel.

24. *Mis combates*, BAE, t. LXIII, p. 252.

Feijoo, que sólo debía conocerlo por la reseña de las *Memorias de Trévoux*, le contesta en su Carta, *Ventajas del saber*, deshaciendo los argumentos históricos que el autor francés había utilizado en favor de su tesis.

Asimismo, Feijoo, a quien ya vimos afirmar que el conocimiento de las ciencias naturales era conveniente y hasta necesario para el esclarecimiento de los Libros Sagrados, no dudará en rebatir el «celo, pío, sí, pero indiscreto y mal fundado», de quienes manifestaban:

«un sano temor de que las doctrinas nuevas en materia de filosofía traigan algún perjuicio a la religión..., o ya porque en las doctrinas filosóficas extranjeras vengan envueltas algunas máximas que por sí, o por sus consecuencias, se opongan a lo que nos enseña la fe; o ya porque, haciéndose los españoles a la libertad con que discurren los extranjeros (los franceses, verbigracia) en las cosas naturales, pueden ir soltando la rienda para razonar con la misma en las sobrenaturales.»²⁵

Es cierto que las razones que aporta: vigilante celo de la Santa Inquisición, que «por fortuna nuestra tenemos», para «quitar la cizaña», y conciencia clara que entonces había en España de los irrebasables límites entre la revelación y la filosofía, no subsistirán luego igual, y así los trágicos acentos posteriores de Unamuno o la honda tristeza de Machado vendrán a justificar en parte aquellos «píos temores» que el buen benedictino pretendía disipar.²⁶

Ello, sin embargo, no obsta para que la actitud de Feijoo fuera, no sólo auténtica, sino en él fecunda, plausible y animosa.

La razón, sobrepasada

Ahora bien, Feijoo, que antepone los modernos estudios científicos a las inútiles cavilaciones de los escolásticos, y que va contra el infundado o envidioso temor de sus contemporáneos; Feijoo, para quien la demos-

25. «Causas del atraso que se padece en España», edic. cit., p. 543.

26. Así Unamuno, «saber buscando a trueque del ahogo» y puesto que «toma con la verdad — odio a la vida», se decide a levantar «de la fé el blanco estandarte — mientras la ciencia parlotea», y, sublevándose contra ella, dirá: «No me resignaré..., — no, a la noria — del saber triste, con esclavo trote — regar haré. Que esa agua de la ciencia — al ánimo nos mete cual calambre — la desesperación.» (*Rosario de sonetos líricos.*) Y también, con honda tristeza, exclama Antonio Machado: «Nuestras horas son minutos — cuando esperamos saber — y siglos cuando sabemos — lo que se puede aprender.» «Dice la razón: busquemos la verdad; — dice la razón: ¡Hay quien alcanza la verdad!» «Confiemos en que no será verdad — nada de lo que sabemos.» (*Proverbios y Cantares.*)

tración, la experiencia y la aplicación son reinas en todo saber no revelado, en el que, según él, se ha de entrar animosamente, no por ello incide en aquella fáustica entrega al saber ni en aquella «lujuria intelectual» a que se referirá Unamuno cuando dice:

Don Juan de las ideas, que cortejas
todas las teorías,
libertino del pensamiento...

No amor a la verdad, sino lujuria
intelectual fue siempre el alimento
de tu mente...

Mas ella se vengó de tal injuria
haciendo estéril a tu pensamiento.²⁷

En efecto, el catedrático ovetense no sólo detiene su discurso ante el misterioso terreno del saber revelado, sino que también prudentemente lo refrena en el fronterizo campo de la Teología, donde, según él, han de mirarse con santo recelo las novedades que discrepen de las conclusiones a que llegaron los Santos Padres.

Es más, siguiendo una vieja y sabia línea tradicional, manifiesta clara conciencia de las limitaciones de su individual capacidad de saber, también en el campo de las ciencias naturales:

«Esto se debe entender con la reserva de no introducirme a juez en aquellas cuestiones que se ventilan entre varias escuelas, especialmente en materias teológicas; porque, ¿qué puedo yo adelantar en asuntos que con tanta reflexión meditaron tantos hombres insignes? ¿O quién soy yo para presumir capaces mis fuerzas de aquellas lides donde batallan tantos gigantes..?»

»Aunque mi intento sólo es proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetración para conocerla, y en los más, fuerza para persuadirla.»²⁸

Así, a su exaltación de la animosidad en el campo del saber natural, añade la siguiente observación que parece viene a coincidir, en parte, con el «sano temor» ante la nueva filosofía europea que intentó disipar:

«Pero..., esta animosidad nunca se debe extender a más que las ciencias puramente naturales, y aun en éstas es menester gran comprensión para demarcar con exactitud los límites, porque tal vez una novedad filosófica trae en sí envuelta una monstruosidad teológica, o, diciéndolo de otro modo, lo que en la ciencia natural parece un nuevo parto, respecto de lo sobrenatural, no es más que un triste lamentable aborto.»²⁹

27. «Don Juan de las ideas», *Antología Poética*, por Felipe Vivanco, Madrid, 1942, p. 162.

28. *Teatro*, Prólogo general, edic. cit., t. I, ps. 81-82.

29. «Si en la prenda del ingenio exceden unas naciones de otras», *Cartas*, edic. cit., p. 187.

Al hablar así, Feijoo no está incurriendo en el infundado temor, «melindrosas precauciones» ni «siniestras aprehensiones» que antes combatió, sino que, sencillamente, situándose en una actitud tradicional llena de sabiduría, sostiene las naturales limitaciones de la capacidad individual de saber (recuérdese la sentencia de Hipócrates, «Ars longa, vita brevis») y a la vez afirma la necesidad de que también la virtud de la prudencia rijan la entrega del hombre al saber.

En efecto, ya antes había dicho don Juan Manuel:

«...El saber cumplido non puede caber en seso nin entendimiento de home, porque el saber es Dios et en Dios. Et por ende non debe ninguno creer que puede él saber todo el saber, ca la vida es breve e el saber es luengo y corto el entendimiento del home.»³⁰

Más adelante, así se expresará Fray Luis de León en sus *Comentarios al Libro de Job*:

«Y como nuestro cuerpo, por ser de lodo, es corruptible en su ser, asimismo nuestra alma, que está casada con él, es deleznable en su querer y entender.»³¹

Y Gracián nos dice en el *Criticón*: «Morir de necio es morir de discurrir sobrado.»

Feijoo, de análoga manera, también nos dirá que, si mala es la ignorancia y la comodona actitud de dispensarse de pensar, no lo es menos el insensato abuso del raciocinio.

Porque, en efecto, la razón humana tiene su punto de madurez, y toda desviación de ella, por falta o por exceso, es abiertamente dañina y condenable:

«La razón humana, considerada en los diferentes individuos, tiene los tres estados de la fruta: en unos es verde; en otros, madura; en otros, pasada. O no se llame esta última pasada, sino sobrepasada; la de en medio está en el punto debido; la primera no llega a esa raya, y la tercera, no acertando a fijarse en ella, se arroja a donde el salto es precipicio. Esto se verifica principalmente en los heresiarcas... En estas dos extremidades opuestas fructifican las semillas de los errores.»³²

Volviendo sobre ello en su Carta *El Estudio no da entendimiento*, llega a afirmar, separándose aparentemente de Gracián, que «la mucha

30. *Libro de los Castigos*, edic. cit., p. 265.

31. *Obras completas*, edic. cit., cap. IV, p. 899.

32. «De los filósofos materialistas», *Cartas*, edic. cit., ps. 194-195.

aplicación» puede ser perjudicial; si bien, a diferencia de Villarroel, expresamente sólo se refiere a las inteligencias cortas o débiles:

«...lo mismo... que a los estómagos débiles, con el exceso de los manjares, sucede a las débiles o cortas capacidades con la multitud de especies intelectuales, que son el alimento de las almas.»³³

Lo que ocurre, según antes indicamos, es que, consciente como Sócrates, Hipócrates y los escritores españoles anteriormente citados, de la inabarcabilidad del entero campo del saber por una mente individual, y de la natural flaqueza y limitación de nuestro entendimiento, llama la atención sobre los riesgos y perjuicios de una engreída, imprudente y desbocada entrega al saber racional.

Nada nos extraña, pues, que en su denodada lucha contra las vanas creencias populares, manifieste una prudente reserva en «turbar al pueblo», siempre que se carezca de evidentes argumentos y la creencia no sea abiertamente perjudicial o peligrosa:

«Cuando yo, por más tortura que dé al discurso, no pueda pasar de una prudente duda, me la guardaré depositada en la mente y dejaré al pueblo en todas aquellas opiniones que entretienen su vanidad o fomentan su devoción.

»Sólo en caso que su vana creencia le pueda ser perjudicial, procuraré sacarle de ella, mostrándole el motivo de la duda.»³⁴

Es más. Llega a afirmar que, a veces, conviene ocultar prudentemente al vulgo ciertas verdades que, habida cuenta de insoslayables y poderosas circunstancias, podrían serle perjudiciales:

«No niego que hay verdades que deben ocultarse al vulgo, cuya flaqueza más peligrará tal vez en la noticia que en la ignorancia; pero éstas ni en latín deben salir al público, pues hartos vulgos hay entre los que entienden este idioma.»³⁵

No está aquí tampoco hablando hipócrita, melindrosa ni inconsecuentemente el claro denunciador de errores.

Sencillamente, está haciendo entrar también de nuevo a la prudencia en el terreno del saber, prudencia que ya anteriormente manifestó escritor tan enamorado del saber como D. Juan Manuel, cuando decía:

«Et, por ende, estas cosas en que los que non pudieren entender podrían tomar alguna duda por mengua de los sos entendimientos,

33. *Cartas*, edic. cit., p. 229.

34. «Glorias de España», *Teatro*, edic. cit., p. 150.

35. *Teatro*, Prólogo general, edic. cit., p. 81.

estas cosas quiérolas yo poner por letras tan oscuras que los que non fuesen muy sotiles non las puedan entender.»³⁶

La análoga actitud que luego defenderá Cadalso nos hace pensar que, ya entonces, muchos lanzarían desconsideradamente a la imprenta intempestivas afirmaciones y noticias, buscando, más que la manifestación de la verdad o el mejoramiento y salvación del lector, el propio lucimiento o la manipulación de determinadas energías, así desatadas.³⁷

Conclusión

En resumen, Feijoo, consciente del atraso científico español y entusiasmado con el moderno saber natural, es el primero que escribió una razonada y documentada apología del saber español y de la capacidad de los ingenios españoles para penetrar, en igualdad de condiciones con los principales pueblos europeos, en el campo del saber; y es también el primero que trató de hallar las causas y remedios del citado estancamiento científico.

En cuanto al problema del saber humano, situándose dentro de la mejor actitud tradicional española, acepta la existencia de dos zonas del saber en las que han de utilizarse métodos distintos de conocer: la Sabiduría, en la que sólo enseña e ilumina la Revelación y la Gracia, y la Ciencia Natural, en la que es guía la demostración con base en la experiencia, la observación y el estudio.

Feijoo no sólo admira y exalta esta moderna ciencia natural demostrable, sino que la considera beneficiosa para la virtud e incluso para la salvación, cuyo misterioso mensaje, a veces, hace que se perciba mejor.

A pesar de ello y de su condena del anacrónico saber escolástico, no aboca a la posterior lujuria intelectual europea.

36. *Libro de los Estados*, BAE, t. LI, p. 346.

37. «Los que pretenden disuadir al pueblo de muchas cosas que cree buenamente, de cuya creencia resultan efectos útiles al Estado, no se hacen cargo de lo que sucedería si el vulgo se metiese a filósofo... El pensarlo me estremece y es uno de los motivos que me irritan contra la secta hoy reinante que quiere revocar en duda cuanto hasta ahora se ha tenido por más evidente que una demostración de Geometría... Aunque supongamos por un minuto que todo lo que decís es cierto, ¿os parece conveniente publicarlo y que todos lo sepan...? Aun cuando vuestro sistema, arbitrario y vacío de todo fundamento de razón o de autoridad, fuese evidente con todo el rigor geométrico, debiera guardarse oculto entre pocos individuos... Este debiera ser un secreto de Estado.» (*Cartas Marruecas*, edic. de C. C., Carta LXXXVII, p. 283-284.)

Al contrario. Situándose, también dentro de la mejor tradición española y occidental, reconoce prudentemente los límites de la individual capacidad de saber, aun en el terreno de las ciencias naturales.

Es más, también la vieja y prudente subordinación del saber al vivir —recuérdese el «*primum vivere deinde philosophari*» de Séneca— le lleva a no aplaudir la desatada manipulación y comunicación a todos de todas las verdades y noticias, sin consideración de momentos y personas.